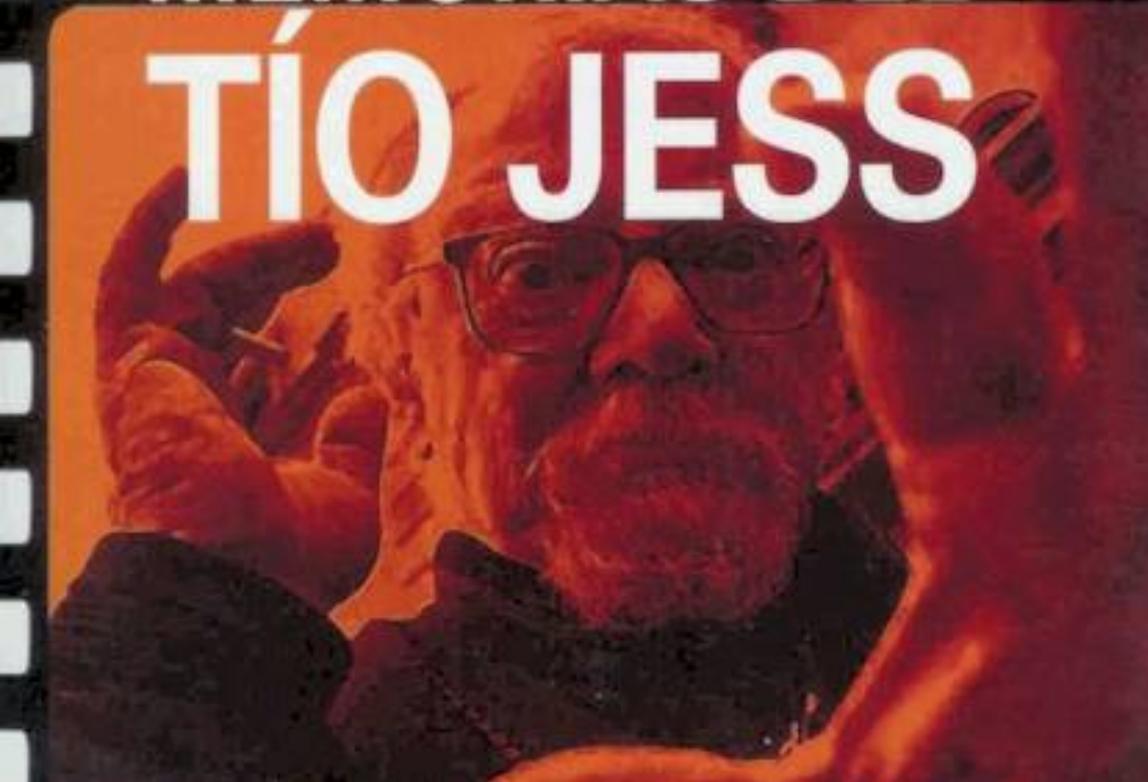


JESÚS  
FRANCO

MEMORIAS DEL  
TÍO JESS



Jesús Franco Manera, *Jess Franco* para la posteridad, evoca en este libro los hitos principales de su biografía: desde la infancia y primera juventud en el Madrid de la posguerra, años marcados por la pobreza material y espiritual de la que le salvó su pasión por el cine y la música de jazz, a la época de la rebeldía y el aprendizaje en París.

Jess Franco recuerda sus primeros pasos en el cine, la bohemia de los años cincuenta, su amistad (y también los desencuentros) con Bardem, la colaboración con el Orson Welles más épico de *Campanadas a medianoche*, los primeros triunfos, el reconocimiento en festivales internacionales y también los tremendos varapalos de la censura franquista que le obligaron a trasladarse a París. Poco después rueda *Gritos en la noche*, actualmente considerada una obra maestra del cine de terror, y que inaugura la etapa más prolífica de su carrera.

Casi cuarenta años y más de doscientas apasionadas e inclasificables películas después, el tío Jess se ha convertido en un icono para legiones de amantes del cine, fascinados por su peculiar universo, y ha recibido multitud de homenajes. Entre ellos, destaca el ofrecido por la Cinémathèque de París, en 1998: su director, Jean François Rauger, dijo entonces que no se podía comprender el cine de Jess Franco "sin tomar conciencia de que aquello que los lugares comunes consideran defectos, en él son cualidades muy particulares", quizá la mejor descripción de la esencia de este cineasta inimitable e irrepetible.

# Capítulo I

## *Gritos y susurros*

«El día en que nací yo, mi madre no estaba en casa. Así que bajé y le dije a la portera: señora Patro, he nacido; soy niño».

Miguel Gila comenzaba con esta frase uno de sus monólogos más surrealistas e improbables, pero, en mi caso, bastante cierto. Por supuesto, mi madre sí estaba en casa. Aquella cubana pequeña, gordita y encantadora, siempre estaba en casa. Con los doce hijos que le hizo mi padre, se pasó la vida pariendo, amamantando y acunando. Yo fui el penúltimo de la prole y la pillé a la pobre entre noqueada y ausente. Las malas lenguas, mis tías cubanas, sobre todo, decían que ese permanente estado de gravidez de la pobre Lola Manera le venía muy bien a mi padre para campar por sus respetos e incluso para tener alguna aventurilla; yo nunca me creí semejante rumor, dado que el hombre trabajaba como una bestia para alimentar a tanto energúmeno. Mi padre era médico militar, radiólogo, para más detalles, y bastante bueno, según dicen. Por las mañanas, se vestía de uniforme y se iba al hospital. Por la tarde, se vestía de paisano y trabajaba en su consulta privada. Era un franquista convencido y tan estúpidamente honesto que ni siquiera en

los tiempos de mayor penuria —al principio de los años cuarenta— utilizó la cartilla del economato militar. Sólo traía a casa el chusco diario de pan, como cualquier soldado. Por cierto, este chusco, al principio casi negro y repugnante, se fue haciendo, con el paso del tiempo, más blanco y apetitoso, como un incipiente y tímido símbolo de que España «iba bien» o, mejor aún, de que «en España empezaba a amanecer».

A amanecer por cojones. Con medio país encarcelado o escondido, con unas leyes crueles, arbitrarias y bananeras, o simplemente inexistentes. Primaban la delación y el enchufe. Aquélla te llevaba a la mazmorra fría por un quítame allí esas pajas, como en el caso, que conozco bien, de Julián Marías, terrible bolchevique revolucionario, como todos sus lectores saben, a quien mandaron a la trena algunos compañeros de la Universidad por los artículos que había escrito ¡¡en ABC!! Al pobre hombre lo metieron en una prisión improvisada en la calle Florida, en pleno centro de Madrid. Mi hermana mayor, Lola, que era ya su novia, se pasaba las noches llorando.

Un día, por no se sabe qué coño de fiesta del «glorioso alzamiento», permitieron que los niños visitaran a sus parientes reclusos, y allí llegué yo, completamente acojonado, con un chusco y una carta. A pesar de que yo era un enano escuálido y *mequetréfico*, fui meticulosamente cacheado antes de entrar en un sótano enrejado donde se hacinaba, como en el metro a hora punta, casi un centenar de hombres tan acojonados como yo. Y allí estaba Julián: flaco, sucio, pero lleno de esa dignidad de castellano viejo. Yo le di el pan y la carta y le dije que Lola estaba bien y le mandaba besos, y él me pidió que le dijera a ella más o menos lo mismo. Los afortunados visitantes no llegábamos a la docena, y los hombres que estaban a nuestro alrededor, sentados en el puto suelo o de pie, agarrados a la verja, me miraban con envidia, por visitar al novio de una hermana, al que yo no conocía, casi. Aquella visita y las dos o tres que

la siguieron, sobriamente patéticas, me sirvieron para dejar de odiar, o al menos para odiar menos, a aquel novio pijo y pedante de Lolita, que no quería que yo leyera los tebeos de *El Hombre Enmascarado*, *Roberto Alcázar* o *Tarzán*, sino *Taras Bulba*, *Tartarín de Tarascón*, *Platero y yo*, u otras mariconadas por el estilo. El no tenía autoridad para prohibirme nada, pero le comía el coco a mi hermana que, simplemente, me los quitaba.

Creo que ésta fue la primera censura que sufrí en mi existencia, al menos directamente. Yo era demasiado crío para entender que todo estaba manipulado, censurado, en aquel mundo cerrado que me rodeaba, y que la puñetera censura estético-educativa que yo sufría era, al menos, bienintencionada, aunque no por eso menos obtusa e ineficaz. Aprendí a fingir, a mentir. Escondía mis tebeos cuando oía a mi hermana o a Julián venir hacia mi cuarto. Yo tenía siempre al alcance de la mano *Cuento de Navidad*, de Dickens, y cuando mi puerta se abría, yo aparecía enfrascado en su lectura. A la tercera vez, mi hermana me preguntó escamada:

—¿Estás leyendo otra vez *Cuento de Navidad*?

Con una sonrisa beatífica, ensayada ante el espejo, respondí:

—Me encanta. Es precioso.

Y añadí, para disipar cualquier duda:

—Todo Dickens me encanta.

Mi hermana añadió algo que, todavía hoy, no he alcanzado a comprender:

—Pero, cuidado, Dickens también tiene libros que no son aptos para menores.

Este apto o no apto para menores fue durante mucho tiempo una de las pesadillas de mi juventud. El cine, y todos los demás espectáculos, sufrían una censura doble y hasta triple. Estaba, primero, la junta de censura, que era político-moral y que, por las buenas, prohibía de un pluma-

zo una película cuando la consideraba antifascista, antimilitar, anticlerical; un militar no podía ser traidor, o prevaricador, cornudo, o simplemente chorizo, a no ser que fuera vituperado por todos y, al final, severamente castigado. Una esposa debía ser honesta, fiel y discreta, y su marido un dechado de virtudes. No podía haber curas renegados, apóstatas. El deseo, en general, debía ser puro como una patena, impoluto. Políticamente, no podía verse o decirse nada que pudiera considerarse subversivo: los fascistas eran los buenos y los rojos, los malos. Rojos —esto era sencillo— eran todos los izquierdistas, comunistas, anarquistas, separatistas, republicanos, ateos, masones, protestantes. Lo único bueno eran el MOVIMIENTO NACIONAL y LA RELIGIÓN CATÓLICA. Un anabaptista o un demócrata eran sospechosos, por definición. ¿Y qué decir de la forma? Ni besos en la boca, ni muslos, ni números de revista, ni las desvergonzadas *girls* de Samuel Goldwyn o Busby Berkeley. Los films pasaban de merecer sólo el tajo a ganarse la prohibición por simple «acumulación de escenas sicalípticas».

Se cortaba a destajo. Los muy pérfidos rechazaban la película y mandaban a su propietario un lacónico oficio, comunicándole su prohibición. El hombre, desesperado, pedía una revisión. Amigablemente, el censor sugería de palabra el alcance del problema y sus posibles soluciones, todo, por supuesto, «para ayudarte».

—¿Por qué no aligeras las exhibiciones de la manicura, en la peluquería? ¿O el beso lascivo de los protagonistas?

Entonces se le encargaba a un pobre montador que perpetrara la ejecución. Cortaba, por ejemplo, diez fotogramas de una jovencísima Sofía Loren a la que se le veían fugazmente los muslos al cruzar las piernas, completamente vestida, en una peluquería. O el beso entre los célebres *pornógrafos* Cary Grant y Joan Fontaine en *Sospecha*, de Hitchcock, casto si los hay, y romántico y hermoso. Muchas veces había que volver a doblar y hacer nuevas mezclas de

sonido. Si, a su juicio te quedabas corto, te devolvían otra vez la película y ¡vuelta a empezar! ¿Qué podía hacer la escuálida industria ante semejantes golpes bajos? ¿Qué temas tratar? Algún iluso intentó hacer films sobre las guerras coloniales. Pobre incauto. Se podía ver, eso sí, al glorioso Ejército español triunfante, pero no al enemigo. En el film *Alhucemas*, uno de los más surrealistas de la historia del cine, se veía todo el tiempo el lado español, pero no el enemigo. Los cañones, los fusiles, disparaban contra la nada. La tropas avanzaban o atacaban a nadie, a bayoneta calada. Ni siquiera estaba permitido mencionar quiénes eran los otros, y es que nuestra santa censura, asesorada por el mando militar —creo que por Franco directamente—, decidió que era nocivo mostrar a nuestros hermanos los moros despanzurrados por una bayoneta hispana, o saltando por los aires por una granada fratricida. Entonces empezó el auge de otros géneros que hundirían a nuestro cine en el pozo de la estupidez más profunda: la comedia, el folclore y el cine histórico. La comedia, siempre hostigada por cortes y cambios, creó sus primeros engendros, como *La tonta del bote*, *Deliciosamente tontos*, *El difunto es un vivo*, o *Feliz al fracasar*. Obras todas de una estupidez que viene avalada por el simple enunciado de sus títulos. El cine folclórico insistió en sus tópicos: *La niña de la venta*, *Patio andaluz*, o el *remake* de *Morena Clara*, con Lola Flores y Fernán Gómez, que, al menos, daban dinero en Andalucía, y del que surgieron tonadilleras y galanes señoritos, además de algún cómico local, en general bastante zafio. Y por fin surgió el género que encandilaría a autoridades, productores y hasta al público: el cine de levitas y miriñaques, volutas de escayola y pacotillas pseudohistóricas.

Pero ese cine, que malformó y desinformó a los españoles, merece un capítulo aparte. Volvamos al gozoso momento en que Lola, mi hermana, claro, y Julián descubrieron que su cruzada en pro de la buena literatura no estaba completamente perdida. Me gustaba Dickens, aunque no

me consideraran preparado para ciertos libros suyos. ¿Cuáles, santo cielo? Julián, entonces, lanzó un globo sonda:

—La verdad es que Dickens pierde mucho traducido. Deberías aprender inglés.

La oculta amenaza que encerraban esas palabras me hizo cambiar de libro *oficial*, y durante los meses siguientes fue *Las inquietudes de Shanti Andía*, de Baroja. Y eso, por puta casualidad, me hizo descubrir la literatura. Una tarde, ellos entraron en mi cuarto y yo tuve el tiempo justo de abrir el *Shanti Andía* por la primera página. Se quedaron allí un buen rato, discutiendo sobre el estilo de Baroja, y yo, aburrido, empecé a leer, y seguí leyendo un buen rato, hasta que se decidieran a marcharse. Antes de salir, Lola me dijo, encantada: —¿Te gusta?

Yo dije que sí. Ella añadió:

—Léete el otro de la lista. Te gustará también.

La lista la habían elaborado entre Lola y Julián un día que me habían pillado in fraganti, enfrascado en la lectura de *Los cazadores de cabezas del Amazonas*, una novelita de un autor italiano, Marotta, que tenía además unas ilustraciones tan espeluznantes como cochambrosas. Mi hermana, que era más constructiva que su futuro marido, empezó su lista con *El último mohicano*, siguió con Mark Twain, Stevenson, Bécquer y Baraja. Yo había tirado la lista por ahí, sin hacerle el menor caso. No podía olvidar que ella me había enseñado a leer con *Platero y yo*, que desde el primer verso me pareció una mariconada. (Por cierto, que lo releí mucho tiempo después y me volvió a parecer la supermariconada). Pero el hecho es que yo seguí leyendo y leyendo *Shanti Andía* hasta que lo terminé, y me gustó tanto que me puse a buscar como un loco la puñetera lista. Y cuando al fin la encontré, mi hermano más pequeño, Javier, la había convertido en un avioncito de papel. Me pasé un buen rato desplegándolo, pero mereció la pena. Los libros de aquella lista me hicieron gozar como un enano; estaban llenos de aventuras, de acción e intriga, pero también de

sentimientos nada gazmoños o cursis. Lola fue la segunda mujer de mi infancia, pero tan importante en mi corazón y mis entrañas como mi pobre madre, siempre atosigada y corriendo por los pasillos como una esclava de mi padre, con un mocoso en brazos. En ese ir y venir no le quedó mucho tiempo para mí.

Jesús Franco en una escena de *El extraño viaje*.

## Capítulo II

### *Las uvas de la ira*

En los años cuarenta ya éramos solamente seis hermanos y dos hermanas. Dos habían muerto de muy niños. A Emilio le dieron *el paseo* al principio de la guerra porque el muy gilipollas se apuntó al SEU para ligar en los bailes que daban los sábados en la Universitaria, sin saber que era un sindicato fascista. Por esa ignorancia, tampoco se preocupó de romper su ficha. Le trincaron los de la checa de Fomento, y a los dos días estaba en la zanja. Y pocos meses después del final de la guerra, mi hermano Carlos también murió, tísico. El, que era el abastecedor de la familia, que se mercó una bici de cuarta mano y se iba por los pueblos de los alrededores, donde mi padre tenía algunos pacientes que le querían, y volvía siempre con algo sólido, aunque no fuera el ideal del *gourmet*: unas lentejas llenas de bichos, unos cardos o una misteriosa verdura que crecía en las cunetas, llamada verdolaga, que Dios confunda.

Mi madre cocía con mucho amor y un poco de sal aquellas mierdas, y si Carlos había sido afortunado en su gira, podía añadirse al festín algún cacho de tocino. Carlos hacía estas excursiones desde un año antes de terminar la guerra, por zonas peligrosas casi siempre, y luego siguió hasta que

murió en un suspiro, sobre todo por la falta de medicamentos. Su muerte hizo más frágil aún a mi *mamasita linda*, y a mi padre le quitó el sueño durante años. Se despertaba durante la noche, gritando y diciendo incongruencias. Al principio, mi madre se llevaba unos sustos de espanto, cuando el hombre se incorporaba en la cama, diciendo: «¡Ay, que me muero! ¡Haz algo, Lola!, ¿no ves que me estoy muriendo?». Esto ocurría casi todas las noches y, al cabo de algún tiempo, mi madre se acostumbró al número y con pachorra caribeña le ponía un vaso con agua y unas gotas de digitalina, que él mismo se había recetado, y al cabo de un rato él se dormía como un tronco. Mi padre estaba seguro de que sufría un mal incurable de corazón y, sin embargo, murió de cáncer, ya muy viejo. El, que fumaba poquísimo y sin tragarse el humo, y llevó una vida regular y ordenada. Duró más de lo previsto porque tenía un corazón de piedra berroqueña. Fue médico porque se lo impuso la tradición familiar, pero la medicina le repateaba las tripas. Sólo le interesó de verdad su profesión cuando se hizo radiólogo y le vio al asunto el *lado artístico*: era un fotógrafo de páncreas y píloros, de pulmones y yeyunos, y enseñaba sus radiografías a los amigos y colegas:

—¡Mira la gama de grises de este duodeno!

La verdad es que debía de ser un buen fotógrafo de visceras. El propio doctor Negrín publicó *fotos* suyas y, a pesar del abismo ideológico que los separaba, se lo quiso llevar con él a Barcelona, sin éxito, por supuesto. Este sentido artístico, completamente intuitivo, salvó a mi padre más de una vez, en aquellos tiempos. Al principio de la guerra, sobre todo, cuando fue detenido como comandante médico que era del Ejército «faccioso». Sus propios enfermeros fueron en masa a liberarle, porque era un tío muy majo, y tocaba muy bien el piano y cantaba con ellos romanzas de zarzuelas. Mi padre tocaba bastante mal y de oído. Pero en aquel tiempo, un jefe del Ejército faccioso que se sentaba al piano con un enfermero de la FAI para cantar *La del ma-*

*nojo de rosas* del rojo Sorozábal era un tío majo al que había que dejar en paz. Nunca lo volvieron a molestar. De todos modos, se refugió en la embajada de Cuba, a instancias de mis tías cubanas, que tenían mano allí.

Y salió cuando Sanidad le autorizó de nuevo el ejercicio de su profesión. No lo tuvo fácil, el hombre.

Unos meses antes, mientras uno de mis hermanos y yo estábamos asomados al mirador para ver pasar los aviones que sobrevolaban Madrid, uno de estos aviones tiró una bomba. Mi hermano la vio venir y tiró de mí hacia dentro. La bomba se llevó, enterito, el mirador, y convirtió el gabinete de rayos X en un amasijo de hierros retorcidos y chisporroteantes, aunque nosotros salimos milagrosamente incólumes. Sinceramente, yo no me acuerdo de nada de esto, pero lo oí contar tantas veces, que a menudo he tenido la impresión de estar viviéndolo. Siendo objetivo —y yo procuro serlo siempre, con desigual acierto— creo que mi propensión al cine de terror debió de nacer en aquella singular velada. Nosotros vivíamos en un piso enorme junto a la Puerta del Sol, donde mi padre había instalado su gabinete radiológico, empeñándose hasta las cejas. Y de golpe, por obra y gracia de un piloto de la Luftwaffe, toda una familia numerosa, si las hay, se encontraba en la puta calle. No sé quién tomó la decisión, pero la familia tuvo que dividirse y nos convertimos en *refugiados*. A mi hermana Gloria y a mí nos tocó irnos a casa de una de mis tías cubanas, la tía María, en quien mi sobrino Ricardo se basó para su primer largometraje: *Los crímenes de la tía María*.

Ella vivía con su paciente y estoico marido, un abogado donostiarra, aristocrático y muy *british*, trasplantado a Madrid por imposición de la tía María. Tenían un piso grande, cerca de la Audiencia y los juzgados. A mi hermana y a mí —ella es la anterior a mí, cronológicamente— nos adjudicaron un cuartito mínimo y sin ventilación como «sala de juegos». Mi tía nos pidió que no nos prodigáramos por el resto de la casa, para dejar trabajar al tío Alfonso, Alfonso Ba-

Barroeta Fernández de Liencres, marqués de Donadío. Yo me sé la retahila porque mi tía solía repetirla a la menor oportunidad, aunque a él no se la oímos jamás. Si ella la largaba delante de él, solía esbozar una sonrisa de disculpa. En los salones, que olían a almoneda, se guardaban celosamente porcelanas y «figulinas», cornucopias y damascos, y hasta alfombras persas, a los que se habían incorporado más recientemente algunos cuadros muy oscuros, con marcos enormes más negros aún, y hasta un estúpido pato de porcelana. Mi hermana Gloria —a quien llamábamos Tina, porque así la bautizó mi hermano Pepe, el anterior de la saga, en una involuntaria abreviatura de «chiquitina»— y yo creíamos que todos aquellos tesoros habían sido adquiridos pacientemente por mi tía. Años después, en mis primeros viajes a Guipúzcoa, descubrí que todo venía de allí, incluido el pato de porcelana, y que debían de ser parte de la herencia de la familia Barroeta. Tina y yo solíamos darnos una vuelta por la *zona noble* cuando mi tía salía, o sea, de Pascuas a Ramos. Mi hermana me abrió los ojos al erotismo, en una de esas veces que estábamos solos.

—¿Te has fijado en aquel cuadro? —me dijo.

Era un óleo ennegrecido, como los demás, en el que apenas podía distinguirse a una pareja desnuda, besándose. Era algo así como una copia de un óleo de un primo tonto de Tiziano. Yo me fijé lo que pude, sin encontrar nada de particular.

—¿Qué le pasa al cuadro?

—Cuando yo lo miro, me dan ganas de hacer pis.

A mí debió de divertirme tal posibilidad, porque respondí:

—¡Es verdad!

Y nos fuimos corriendo al cuarto de baño, con una inocencia rayana en la estupidez. A partir de aquel día, siempre que podíamos, íbamos a ver el cuadro y a hacer pis.

Pero casi siempre estábamos encerrados en aquel cuartito, donde nos aburríamos como ostras. Un día, descu-

brimos que podíamos hacer muñecos con papel de periódicos viejos, rellenando algún pijama. Con un rollo de cuerda que encontramos en la desierta despensa, logramos dar forma a algunas cabezas y atarlas a los cuerpos, que colgábamos de la pared. Por suerte, mi tía guardaba todos los periódicos, así que no nos faltaba la materia prima. Les fuimos poniendo nombres. Aquel flacucho era el tío Alfonso, y el de al lado, más pequeño, era Julián, y el gordo, el tío Emilio. Un día, mi tía María entró de repente y se llevó un susto de espanto al toparse con todos aquellos *cadáveres*. Tina y yo tuvimos diversión para una semana, aunque hay que reconocer que debía de producir escalofríos la visión de aquellos monstruos colgados en aquel cuartito tan oscuro y sin más iluminación que una tulipa cenital. Vivíamos y dormíamos allí. Comíamos en el comedor, solos, aquellas porquerías que mi tía, eso sí, nos servía en porcelanas ricas, con todo el ceremonial. No veíamos a nadie más de la familia, ni nos dijeron que nuestros hermanos habían muerto. Una vez mi madre nos visitó, y yo le pregunté por ellos y por mi padre, y ella se echó a llorar. De vez en cuando nos bombardeaban. Sonaban las sirenas, y el ruido de los aviones y algunos silbidos siniestros, y las explosiones. Alguien, entonces, solía cogernos de la mano y bajarnos al «refugio» o sea, al sótano, en el que habían puesto unos sacos terrosos y algunos camastros. A veces se iba la luz, y nos quedábamos en la sombra, callados, acojonados, hasta que la sirena sonaba de nuevo y podíamos volver al cuarto de arriba. No teníamos ni dinero ni ropa decente. Pero lo peor era el martilleo continuo y sádico de los obuses sobre Madrid. Día y noche. Algunos caían más lejos, pero a veces explotaban como si fueran a arrancarnos la cabeza. En aquella prisión en *régimen abierto* aprendí a sobrellevar con naturalidad aquel desastre generalizado; de ahí nació mi odio a la guerra y a la injusticia, y la ternura por la tercera mujer de mi infancia: Gloria, «Tina», que ocupó todos los lugares de mi vida durante mucho tiempo.